

## LA RESPONSABILIDAD DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN LA LUCHA CONTRA EL TERRORISMO

### THE RESPONSIBILITY OF THE MEDIA IN THE FIGHT AGAINST TERRORISM

*Javier Fernández Arribas<sup>a</sup>*

Fechas de recepción y aceptación: 21 de febrero de 2018, 26 de mayo de 2018

*Resumen:* en la sociedad moderna se tiende a pensar que lo que no se cuenta no existe. Esta afirmación es real en un alto porcentaje, lo que confiere una gran responsabilidad a los medios de comunicación a la hora de elaborar y difundir su trabajo. Sin duda, la libertad de expresión y la libertad de prensa son pilares esenciales de un sistema democrático en sentido estricto. Son imprescindibles para que los ciudadanos puedan estar bien informados, sean capaces de formarse su propia opinión y actuar en consecuencia. Sin embargo, hay otras libertades fundamentales de los ciudadanos que no pueden verse ignoradas, que no pueden dejar de respetarse por el recurso fácil a la libertad de expresión o de prensa. Es decir, los periodistas y los medios de comunicación deben cumplir, como cualquier otro profesional, los compromisos inherentes a su ética y deontología a la hora de informar, analizar, comentar u opinar sobre la actualidad diaria que afecta o interesa a los ciudadanos. En el caso de la lucha contra el terrorismo, el compromiso y la responsabilidad deben aumentar por la delicadeza y trascendencia de lo que se cuenta en los medios de comunicación y en las redes sociales y por la manipulación

<sup>a</sup> Periodista. Director de [www.atalayar.com](http://www.atalayar.com)

Correspondencia: Ediciones Atalayar. Calle Brújula, 37. 28023 Madrid. España.

E-mail: [jfarribas@atalayar.com](mailto:jfarribas@atalayar.com)



extrema que los terroristas hacen de la propaganda, disfrazada de información, para conseguir sus macabros objetivos.

*Palabras clave:* deontología, medios de comunicación, información, terrorismo.

*Abstract:* In modern society, we tend to think that what is not narrated does not exist. This is frequently a true statement and confers great responsibility on the media when it comes to formulating and disseminating their work. Undoubtedly, freedom of expression and freedom of the press are essential pillars of a truly democratic system. They are essential so that citizens can be well informed, able to form their own opinions and act accordingly. However, there are other fundamental freedoms of citizens that cannot be ignored, that cannot be disregarded by the easy recourse to freedom of expression or the press. That is, journalists and the media must meet, like any other professionals, the commitments inherent to their ethics and deontology when it comes to informing, analyzing, commenting or giving their opinion on the daily news that concerns citizens. In the case of the fight against terrorism, commitment and responsibility must be increased by the delicacy and transcendence of what is communicated in the media and social networks, and by the extreme manipulation that terrorists make of propaganda, disguised as information, to achieve their macabre goals.

*Keywords:* deontology, media, information, terrorism.

## §0. INTRODUCCIÓN. LAS RELACIONES ENTRE MEDIOS, SOCIEDAD CIVIL Y FUERZAS DE SEGURIDAD

El trabajo de los medios de comunicación en España ha sufrido una serie de transformaciones desde la llegada de la democracia que han afectado a la calidad del periodismo que se practica: la precariedad de las redacciones de los medios, los contenidos partidistas, la evolución de la prensa escrita a la digital, la falta de recursos económicos por la caída publicitaria y de ventas y la influencia banal de unas redes sociales con un buen potencial de comunicación, lo cual deriva en una utilización inadmisibles desde el anonimato para descalificar, intoxicar y engañar.



Uno de los problemas actuales del periodismo en España es la falta de especialización de profesionales en la gran mayoría de las redacciones, por la escasez de recursos. La información sobre la lacra terrorista tiene una relación directa con la seguridad y la defensa para lograr un entendimiento suficiente de los antecedentes históricos, la evolución de los intereses geoestratégicos, económicos y comerciales en las regiones del mundo afectadas y los efectos que la globalización, las nuevas tecnologías y el mundo de internet confieren a los acontecimientos y a quienes pretenden que se narren los hechos desde la perspectiva de sus intereses.

En España, la relación entre los periodistas y los militares –o con los policías y guardias civiles– no han sido fáciles de normalizar. Se han hecho grandes esfuerzos por ambas partes para alcanzar un grado suficiente de respeto y confianza que permitiera llevar adelante una interacción imprescindible entre ellas. Un buen ejemplo de este espíritu colaborativo lo constituyó la interrelación entre medios y fuerzas militares en el marco de la guerra de Bosnia en 1991. Allí se puso de manifiesto que el periodismo no es el *enemigo que solo cuenta lo malo* y que la percepción –un tanto generalizada– que se tenía del comportamiento cuestionable de los militares no correspondía a la realidad de sus acciones.

Bosnia, en definitiva, significó un punto de inflexión, que además le permitió a la sociedad española conocer mucho mejor a las Fuerzas Armadas, contribuyendo a su mayor integración social.

Con todo, es innegable que el estallido de la guerra de Irak y la pérdida del consenso entre PP y PSOE significó un paso atrás en la evolución positiva a que acabo de hacer referencia. Las Fuerzas Armadas se quedaron en tierra de nadie. Se trató de una cuestión un tanto extraña. Algo que no solo afectó negativamente al estamento militar, sino a los mismos medios de comunicación. Se abrió una brecha entre ellos con el surgimiento absolutamente explícito de unos tertulianos del PP y otros del PSOE.

El apoyo de estos “creadores de opinión” a los partidos –olvidando su servicio neutral a la sociedad– tuvo la lamentable consecuencia de que importantes cuestiones e intereses de Estado se orillaran. La interacción entre militares y periodistas entró de nuevo en crisis. Esta penosa situación se fue



superando poco a poco en Afganistán, en particular tras la llegada de Pedro Morenés al Ministerio de Defensa, que volvió a abrir las puertas a los medios de comunicación en las misiones internacionales.

He hecho esta breve incursión por el trabajo de los periodistas en zonas de conflicto –donde la responsabilidad de los tratamientos informativos tiene especial relevancia– para poner de manifiesto el rigor con el que debe afrontar un periodista algo tan grave como la lucha contra el terrorismo y, al mismo tiempo, cumplir con su obligación de informar sobre lo que realmente está sucediendo. Es una cuestión delicada, en la que deberían eliminarse bandos y trincheras, a diferencia de lo sucedido en situaciones como la paradigmáticamente representada por la guerra de Irak.

Los medios de comunicación tienen la obligación moral de acercarse al terrorismo sin partidismos ni prejuicios, haciendo honor a su condición de servicio público. En ese sentido deben prevalecer en ellos reglas, límites y autocontrol, sin incurrir obviamente ni en censura de tipo alguno, ni en restricciones abusivas. Se trata de informar correctamente desde un punto de vista deontológico sobre el terrorismo y cuestiones íntimamente conectadas con el contraterrorismo como la seguridad y la defensa, tratando ante todo de no alarmar, conscientes de que alarmar no es otra cosa que hacer el juego al terrorismo.

Cada día resulta más complicado –e, incluso, ridículo– tratar de tapar, esconder o engañar acerca de acontecimientos que puedan resultar individual o socialmente negativos. Las nuevas tecnologías permiten llegar hasta los rincones más oscuros de la privacidad. Lo que no se narre con rigor en los medios es altamente probable que encuentre su contrapartida en imágenes o mensajes sensacionalistas de *amateurs*. De ahí que sea siempre preferible ofrecer rigurosamente la versión oficial con anticipación para tener iniciativa. Y he reiterado que la información ha de hacerse con todo rigor o rigurosidad; lo peor que le puede suceder a la información en general y, en particular, a la información sobre el terrorismo es caer en el amarillismo y derivar en intercambios de opinión inadecuados entre los propios medios. En buena parte, la pérdida de credibilidad y prestigio –intangibles esenciales– de periodistas y medios de comunicación encuentra en esas *tomas de posición* su origen.



Podría resumirse lo dicho en esta introducción del modo que sigue: además de cumplir con su compromiso de información veraz y neutral hacia la ciudadanía, en el ámbito de las relaciones con los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, los periodistas deben asimismo sujetarse a las reglas debidas para poder establecer una colaboración productiva para todos que, en el caso de la información sobre el terrorismo, debe ser exquisitamente neutral y objetiva –alejada, en definitiva, de cualquier tipo de partidismo e interés–.

### §1. ¿CÓMO SE ESTÁ INFORMANDO SOBRE EL TERRORISMO DEL DÁESH?

El vocabulario y las imágenes son elementos clave de la información. Los medios de comunicación configuramos en gran medida la percepción –lo que clásicamente se ha llamado la *Weltanschauung*, la cosmovisión– que se tiene de su entorno (incluso de sí mismo). Como dice Fernández Martín (2010, p. 256):

Oír en cadenas de televisión y agencias de noticias extranjeras describir a ETA como organización independentista o separatista es un auténtico atentado a la dignidad humana. Igualmente sucede cuando algunos comentaristas plantean el fenómeno terrorista en términos de conflicto o batalla entre un Estado y un “grupo de independentistas”. Lo mismo que escuchar o ver escrito el término “preso político” cuando en España no existe ningún preso político desde la llegada de la Democracia a nuestro país. La Fundación de Víctimas del Terrorismo, creada en 2002, mostraba su malestar por el último informe de Amnistía Internacional (AI), en el que la ONG calificaba a ETA como “grupo armado vasco” de “luchadores de la libertad”.

Habría, pues, que ser sumamente cuidadoso con lo que, periodísticamente, se dice, y quizá aún más con lo que se muestra. Aunque sea entrando en contradicción conmigo mismo, no me resisto a presentar –dado que es esta una publicación científica– una imagen que nunca debería haberse publicado:





Figura 1.

Muad al Kasaesbe, piloto de caza jordano quemado por el Dáesh.  
3 de febrero de 2015<sup>1</sup>

Publicar imágenes como estas –se cuentan por decenas– no es algo ajeno a los objetivos que persiguen el terrorismo y, en este caso, Dáesh<sup>2</sup>. Pues, como dice Hoffman (1999, p. 195), “el terrorismo es un acto violento que se concibe de forma específica para atraer la atención y, entonces, a través de la publicidad que ha generado transmitir su mensaje”. Y este mensaje no es otro que llevar al ánimo del *espectador* que él podría ser una de las víctimas.

<sup>1</sup> Recuperado de: <http://www.infobae.com/2015/02/04/1624761-video-el-martirio-del-piloto-jordano-antes-ser-quemado-isis#>.

<sup>2</sup> Sé que estoy incurriendo en una contradicción, pero, en este caso, es necesario tener un ejemplo claro de lo que no debería hacerse.

En esa labor de transmisión es obvio que los medios de comunicación desempeñan un papel decisivo. Contribuyen, a su pesar en la mayoría de los casos, a difundir el atentado. Esta es la razón por la que hay que exigirles responsabilidad a los medios: la información –y, sobre todo, las imágenes– publicada con la mejor de las intenciones puede ser un aliado –*aunque esté lejos del ánimo del informador*– del terrorismo. Como resume Aznar Fernández-Montesinos (2013, p. 5):

Y es que el terrorismo no es solo violencia; de hecho, lo más importante del terrorismo no es la violencia –que es su manifestación más visible– sino su discurso. La clave de la acción terrorista, su columna vertebral, se sitúa en su narrativa en la que se hilvanan acción, mensaje y causa; un medio que forma parte del mensaje y que sirve para agrupar en torno a ella al colectivo objeto y objetivo real de la lucha.

En España tuvimos un largo aprendizaje hasta llegar a tratar el terrorismo de ETA de forma –más o menos– correcta. Sufrimos –como hoy vemos que sigue sucediendo a escala internacional en relación con el Dáesh– un profundo “mimetismo terminológico”, haciendo uso del léxico acuñado por los terroristas. Nos contagiamos, en suma, de su lenguaje –“comando”, “acción”, “guerra”, etc.–. A ello se unió una aceptación acrítica del origen y desarrollo de la banda terrorista. Así, en concreto, se pensó al principio que atentaban contra el régimen autoritario de Franco, se supuso y difundió la idea de que con la democracia el terrorismo desaparecería; (fuera de España) se llegó a creer y difundir que la situación precaria económica del País Vasco estaba en la raíz misma del terrorismo etarra, etc.

Pues bien, no es exagerado decir que la situación ha empeorado con la fortísima implantación del terrorismo islamista a partir, sobre todo, de los atentados del 11-S. Si algo han sabido hacer los terroristas islamistas es manejar las nuevas tecnologías y planificar milimétricamente sus campañas de propaganda. Sus atentados se han convertido en espectáculos y, sin duda, como tales han sido, concebidos en la mayor parte de los casos. No se trata de atentar, sino de captar la atención de los medios de comunicación capaces de transmitir la noticia a cualquier lugar del planeta en cuestión de minutos. Los terroristas son conscientes de que sus atentados, unidos a sus videos y



fotografías en los que retratan sus atrocidades, acabarán conectando con el interés malsano que, en mayor o menor dosis parece impregnar la conducta del ser humano.

Los medios occidentales –en el mejor de los casos, inconscientemente y, en el peor, por el puro beneficio– hemos entrado en su juego propagandístico. Desde el piloto jordano quemado vivo en una jaula, al degollamiento de prisioneros con el mono naranja o la reiteración de la imagen en el suelo de París de un policía asesinado no se está haciendo otra cosa que –lejos de comunicar– contribuir a dar cumplimiento al principal objetivo del terrorismo y, en particular, del terrorismo del Dáesh: que el terror invada a cualquier espectador en cualquier lugar y en cualquier momento.

De lo dicho se desprenden dos problemas graves:

1. Por una parte, mediante determinadas publicaciones estamos beneficiando los intereses propagandísticos de los terroristas. Nos convertimos así en el amplificador del atentado o de la práctica brutal del terrorismo. Ortega y Gasset –refiriéndose a los medios– habla en este punto de “resonadores” en su conferencia de 1914 titulada “Vieja y Nueva Política”. Los medios –repito: creo que a nuestro pesar– somos, en definitiva, los *resonadores* de aquello que les interesa a los terroristas. Clásicamente, al hablar del terrorismo al estilo de IRA, ETA o las Brigadas Rojas, se decía que el terrorista mataba a una persona para aterrorizar a mil; Sanmartín (2005), al tratar el terrorismo islamista, subraya que ahora la situación ha cambiado: se mata indiscriminadamente a muchos para aterrorizar a millones de espectadores. Hay que ser consciente de este hecho.

Por otra parte, debería procurarse que la información sobre terrorismo mostrase con la mayor claridad posible la empatía hacia las víctimas, eliminando cualquier atisbo de morbo. A menudo se publican imágenes que implícitamente afrentan a las víctimas.

2. El uso del vocabulario. Las palabras no son inocuas. Tienen un significado. No es lo mismo decir “atentado” que “acción”. Lamentablemente, los medios de comunicación –como ya he señalado– se contagian a menudo inconscientemente del lenguaje de los terroristas. Este lenguaje tiene objetivos claros: objetualizar a la víctima para que el terrorista no tenga posibilidad





alguna de empatizar con ella, desculpabilizar al terrorista y convertir el terrorismo en guerra.

Un primer ejemplo de este contagio lo encontramos en el momento en que Bush *declaró la guerra* a Al Qaeda, entrando completamente en su juego. El terrorismo ni es la guerra, ni mucho menos una *cruzada*. Las reglas por las que se rigen las guerras no existen para el terrorismo. Al terrorismo no hay, pues, que declararle ninguna guerra, sino luchar contra él como lo que realmente es: un delito.

Un segundo ejemplo, más cercano para nosotros, es el caso de ETA, a cuya jerga ya he hecho antes referencia. El mimetismo terminológico con el léxico etarra llegó hasta el extremo de informar sobre “ETA militar” y “ETA Político-militar” cuando los etarras, en realidad, ni eran militares, ni políticos, sino terroristas en sentido estricto.

Un último y terrible ejemplo lo constituye la manera como en nuestros días se usa la denominación “Estado Islámico” en lugar de Dáesh. Ciertamente, *Dáesh* es el acrónimo de *Al-dawla al-islâmiyya fi l-'Irâq wa l-shâm*, que significa ‘Estado Islámico de Irak y Siria’. Pero dependiendo de cómo se conjugue este término puede significar también ‘el que siembra la discordia’. De ahí que al Dáesh le repugne este término y prefiera, por razones obvias, ser denominado ISIS –que es el acrónimo en inglés de ‘Estado Islámico de Irak y Siria’. Este ejemplo muestra de manera muy clara por qué los medios de comunicación deberían ser conscientes de qué palabras son las adecuadas a cada caso, sin entrar en el juego lingüístico que le marca el terrorismo.

## §2. TERRORISTAS SIN ADJETIVOS

Los terroristas son asesinos. Por lo que he dicho –y sabemos sobradamente– es un grave error acuñar términos que puedan considerarse como un apelativo con connotaciones de cierta leyenda. Uno de esos términos –usado a menudo en los medios de comunicación– es el de “lobos solitarios” para denominar a aquellos terroristas que parece que actúan por su cuenta y son capaces de causar un gran daño.



En primer lugar, en sentido figurado quizá sean lobos, porque en la iconografía común los lobos se nos presentan como animales sanguinarios. Y, por cierto, nada más lejos de la realidad: los lobos son agresivos, pero su agresividad –por ejemplo, en la lucha con un rival por acceder a una hembra– es inhibida *ipso facto* por señales que le vienen del lobo vencido. Los terroristas, en cambio, están inmunizados ante signos parecidos. Su formación como terroristas les ha enseñado a construir un muro entre ellos y sus potenciales víctimas. Los inhibidores que, desde las víctimas, podrían incidir sobre su conducta no les llegan: chocan contra el muro de creencias y prejuicios que les lleva a ver a sus víctimas como “algo” no como “alguien”. Han sido entrenados para no empatizar. De manera que, de lobos, en sentido estricto, tienen poco. Es más, en una perversa inversión de papeles, los terroristas han aprendido a percibir “ese algo” –en el que convierten a sus víctimas– en verdugos de su territorio, o cultura, o religión, o forma de vida... Es decir, ellos son los que se autoperciben como víctimas, y asignan el papel de victimarios a quienes sufren sus atentados (Sanmartín, 2005).

En segundo lugar, tampoco son “solitarios”. Tienen una familia y una extensa red de apoyo:

Las personas no se radicalizan solas. Rara vez, el denominado “lobo solitario” surge de modo aislado, independiente de un colectivo social, de un grupo de apoyo; y cuando lo hace, suele ser un psicópata. Las narrativas son fundamentales en las dinámicas de radicalización toda vez que son el eje que vertebra las desavenencias y en torno al que se estructura el grupo radicalizado. En internet de la que aprender y seguir las órdenes oportunas (Aznar Fernández-Montesinos, 2013, p. 7).

Y esa extensa red de apoyo ha adquirido hoy caracteres globales: el ciberespacio la alimenta. De ahí que se haya convertido en un campo de batalla en el que las fuerzas antiterroristas rastrean sin descanso y los criminales se las ingenian para difundir sus doctrinas y organizar sus grupos afines<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> La guerra cibernética entre China y Estados Unidos, muy preocupante y que nos afecta a todos por su vertiente económica, merece un análisis en sí misma.



Frente a la nefanda realidad denotada por la expresión “lobo solitario”, su uso en medios –apoyada en imágenes cuestionables<sup>4</sup> desde un punto de vista deontológico– tiene la capacidad de alimentar un cierto halo de leyenda, de transmitir un protagonismo (¿heroico?) falso que llega a enmascarar el hecho de que estamos ante un comportamiento asesino sin paliativos.

### §3. YIHADISMO

El terrorismo yihadista ha ido creciendo en los países occidentales acompañado de una triste realidad: el elevado número de personas de nacionalidad europea que han decidido viajar a Siria y unirse a la lucha de la yihad. Se trata de los llamados “desplazados”. Al principio de la crisis siria, este fenómeno se percibía como algo ajeno. Su presencia, sin embargo, en países vecinos y en el nuestro propio han convertido al terrorismo yihadista en una amenaza con la que los españoles convivimos día tras día hasta el punto de haber ocupado el lugar de una de nuestras grandes preocupaciones de los años 80-90, la existencia de ETA.

Lo que más inquieta a expertos y legos es cómo ciudadanos europeos, hijos o –incluso ya– nietos de inmigrantes pueden abrazar una forma de vida tan ajena en sus principios vertebradores como es la prefigurada por el integrismo islámico. Y todavía más: ¿cómo pueden experimentar un proceso de radicalización de forma tan rápida como lo hacen?

Ya se sabe que el concepto de radicalización –como el concepto mismo de terrorismo– no es unívoco. Habitualmente se entiende por radicalización un proceso de cambio psicológico que lleva a adoptar una actitud extremista y una conducta cuyos objetivos tratan de alcanzarse por medios violentos<sup>5</sup>. La evitación de la radicalización es crucial. La experiencia ha demostrado que la

<sup>4</sup> El mayor despropósito se produjo en Londres con la emisión a través de todas las cadenas de televisión de la imagen de un joven nigeriano con las manos empapadas en sangre, con los cuchillos en una mano y profiriendo consignas antioccidentales ante una cámara del teléfono móvil de una mujer que pasaba por allí y que intentó entretenerle con esa grabación para que llegara la policía.

<sup>5</sup> *Cfr.* Esta es la definición dada por Luis de la Corte en un reportaje del Confidencial, en [https://www.elconfidencial.com/espana/cataluna/2017-08-19/radicalizacion-de-ninos-y-adolescentes\\_1430994/](https://www.elconfidencial.com/espana/cataluna/2017-08-19/radicalizacion-de-ninos-y-adolescentes_1430994/).



solución del terrorismo pasa ante todo por su prevención. Y la prevención ha de incidir principalmente en los procesos de radicalización.

Para combatir, pues, el terrorismo yihadista perpetrado por ciudadanos “de dentro”<sup>6</sup> que afecta a Occidente y, en particular, a Europa parece que la primera tarea es identificar los factores que pueden llevar a un joven musulmán –o no– a abrazar una interpretación rigorista del Corán y, en ocasiones, a devenir un terrorista.

Esos factores son múltiples y muy complejos, porque no existe un perfil único de *yihadista de dentro*. Hay varios y, además, están en evolución.

Pese a todo, voy a tratar, sin incurrir en simplificaciones inadecuadas, de resumir los factores personales, culturales, sociales, políticos y económicos de los diferentes tipos de *insider*. Factores que pueden causar que determinadas personas desarrollen características psicológicas que, a veces, las hacen vulnerables a la manipulación y al reclutamiento por parte de organizaciones yihadistas.

La secuencia –muy estudiada– sería más o menos la siguiente:

1. *Factores personales* unidos a problemas escolares y laborales en un contexto vital de marcada dicotomía cultural (la cultura “de casa” frente a la cultura del país de acogida), a menudo ligados a la pobreza y marginación social, hacen que algunos jóvenes (entre los 18 y los 30 años) sean presa de una:

2. *Decepción* profunda hacia la vida occidental y sus principios teóricos de equidad, justicia, solidaridad y tolerancia; decepción acompañada, a menudo, de pérdida del sentido de la vida.

Esa decepción y esa pérdida del sentido pueden, en ocasiones, ir acompañadas de sentimientos de humillación y de odio hacia la sociedad occidental.

Lo más probable es que un joven sobre el que han hecho mella tales factores no se sienta especialmente bien con su vida, de manera que se convierte en una presa bastante fácil para la acción de proclamas que parezcan dotar de significado a su existencia. Esas proclamas pueden llegarle a través del contacto directo y personal con algunos líderes y, particularmente, a través de interacciones en el espacio virtual. Sea lo que fuere, las proclamas giran en

<sup>6</sup> Los llamados “terroristas *insider*”.



torno a una lectura rigorista y literal de los textos sagrados en línea con los principios del wahabismo<sup>7</sup>.

En el marco de esa lectura integrista:

- Se destacan los valores propios del islam de los primeros padres (Mahoma y los cuatro primeros califas), los llamados *salaf*, valores que descansan sobre la absoluta y total sumisión a Dios y no a los hombres. Desde esa perspectiva cualquier forma, por ejemplo, de gobierno que implique un sometimiento a la voluntad del hombre se considera impropia para cualquier verdadero musulmán. Impropia es, pues, la democracia occidental y apóstata será cualquier musulmán que la abrace. En ese sentido, la obligación de cualquier verdadero musulmán es realizar cuanto esté en su mano (incluida la yihad) para llevar a Dios a la política. Se trata de una obligación –se dice en el marco de esta lectura integrista– históricamente desatendida<sup>8</sup>.
- Esos valores propios del islam puro se considera que han de ser defendidos frente a los contravalores de apóstatas e infieles. Morir en su defensa es la máxima gloria que le puede caber a cualquier verdadero musulmán que, desprovisto de armas convencionales, no tenga dudas en usar su propio cuerpo. No será un suicida, sino un mártir. No será una persona débil que, incapaz de soportar problemas y sufrimientos, se quita la vida; será, por el contrario, un súbdito de Dios tan fuerte en sus convicciones que no dudará en inmolarse en defensa de su forma de vida.

<sup>7</sup> Cfr. Sanmartin (2015).

<sup>8</sup> Uno de los libritos que más influyeron en el yihadismo del pasado siglo –y que parece estar detrás del magnicidio contra Anwar el Sadat, cometido por el grupo terrorista “Al-Jihad” el 6 de octubre de 1981 por ser considerado un apóstata: un falso musulmán– fue el escrito por Muhammad abd-al-Salam Faraj bajo el título de *Al-Farida al Ghaiba* (‘La obligación desatendida’). Según Faraj todo musulmán auténtico tiene la obligación de luchar contra infieles y apóstatas



Únanse a ello problemas frecuentes de tipo laboral<sup>9</sup> y sentimientos de agravio, humillación y discriminación (digo sentimientos, no necesariamente realidades).

En esas circunstancias la influencia de una personalidad carismática, habitualmente un líder religioso, que lo atrae a un grupo radical, suele ser crucial. Se trata de uno de los llamados “reclutadores”<sup>10</sup>. El terrorista en potencia, en su búsqueda de refugio, acaba integrándose así en este tipo de grupos, que parecen proporcionarles no solo cobijo, sino mecanismos para la defensa de sus valores: una mente colectiva dotará a sus miembros de una visión muy particular del mundo, de la historia de su comunidad que no es otra que la *umma* (la comunidad de los creyentes), de su especial papel social y de sus potenciales o reales víctimas.

Un recurso que usan a menudo los reclutadores es la exacerbación no ya de los sentimientos de discriminación en las sociedades en que han crecido los jóvenes de que vengo hablando, sino de los sentimientos de agravio como musulmanes. Se trata de jóvenes musulmanes –a veces no lo son– que habitan en el mundo occidental y que se han radicalizado porque –según dicen– se sienten ultrajados por el continuo derramamiento de sangre en Irak, Afganistán o en el conflicto árabe-israelí, y por la persistente idea de que Occidente

<sup>9</sup> El 45 % de los jóvenes del tristemente célebre barrio bruselense de Molenbeek está en paro. En Francia, en los suburbios pobres que ordenan las grandes ciudades (en particular, París, Lyon y Marsella) vive la mayoría de los seis millones de musulmanes que hay en dicho país, suburbios que, como en el caso del parisino Vaulx-en-Melin, se han “guetizado” y viven en una realidad paralela a la del resto del país, con un paro que es el doble que en el resto de Francia y con una situación que ha ido a peor con los recortes y las políticas de austeridad de esta última década.

<sup>10</sup> Hasta 2012, un 80 % de la captación y radicalización se producía en los alrededores de centros de culto y prisiones. Sin embargo, en los últimos tiempos el principal motor de captación son las redes sociales.

Hay una serie de estrategias de contrapropaganda que se pueden llevar a cabo a través de internet para disminuir la presencia yihadista. En primer lugar, la negación, un proceso de eliminación de páginas webs y perfiles de posibles terroristas en las redes sociales. También el hecho de cuestionar la credibilidad del mensaje y sus protagonistas, y desmitificar las imágenes que muchos de estos líderes han creado en torno a sí mismos puede ayudar a hacer frente a la presencia del terrorismo yihadista en internet. La intoxicación, es decir, verter información perjudicial para estos grupos, es otro método que se lleva a cabo para acabar con perfiles terroristas en internet.

Últimamente se está llevando a cabo el denominado “mimetismo fraudulento”. Consiste en crear una página web aparentemente de defensa yihadista, administrada por las Fuerzas de Seguridad y a través de la cual se permite ver qué personas se mueven en esos círculos.



está librando *una guerra* contra el islam, confundiendo islam con islamismo. Por todo ello, estos sujetos entienden que sus conciudadanos europeos son en realidad “*cruzados* contra el islam”.

Finalmente, al margen del estrato social y de la religión, es evidente –hablando en concreto del Dáesh– que este grupo terrorista tiene un atractivo ideológico para muchos jóvenes que observan en su mensaje revolucionario y trascendente una causa por la que luchar, por aberrante que realmente sea. Lo explica de forma brillante Scott Atran en *The Daily Beast*<sup>11</sup>. Mientras los gobiernos occidentales, como el norteamericano, se limitan a realizar campañas genéricas sobre la importancia de no viajar a Siria para enrolarse en el Dáesh, a menudo centradas en un mensaje negativo –y por tanto menos poderoso y atractivo–, el Dáesh hace lo contrario. Recluta de forma individual, en nodos cercanos y limitados y con personas radicalizadas que se dedican a buscar a miembros vulnerables de su entorno o a jóvenes que buscan “aventura, gloria y significación”.

#### §4. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN, UNA FORMA DE PROPAGANDA

En resumen, es innegable que el terrorismo precisa la colaboración de los medios de comunicación y que la comunicación de los atentados no puede, sin embargo, dejar de darse. Pero tan innegable como lo dicho es que los medios de comunicación pueden jugar y, de hecho, juegan un papel decisivo en la lucha antiterrorista. Es así como esta contribución contrapesa el hecho negativo de que la información acerca del terrorismo amplíe su eco.

Y tampoco hay que perder de vista las crecientes quejas que, desde dentro de los medios, se formulan contra aquellas prácticas periodísticas que incurren en propaganda del terrorismo. Esas críticas se dirigen, sobre todo, hacia quienes en la prensa escrita no hablan del Dáesh, sino del “Estado Islámico”<sup>12</sup>, o hacia quienes en los medios de comunicación audiovisual, además de mos-

<sup>11</sup> Cfr. <https://www.thedailybeast.com/author/scott-atran>

<sup>12</sup> Las razones de por qué hay que hablar de Dáesh y no de Estado Islámico ya las he analizado arriba.



trar a menudo los rostros de los yihadistas y de los líderes terroristas, reiteran las imágenes de los atentados.

No debería olvidarse, como dice Montalvo Abiol (2012, pp. 101-102) que:

Ante el fenómeno terrorista el medio televisivo debe preguntarse cómo dar cuenta de ello y cómo asimismo mostrar un respeto absoluto por los derechos humanos constreñidos por la actividad terrorista. Debemos detenernos en el delicado papel de los medios de comunicación frente al fenómeno terrorista, debido a la actitud fundamentalmente propagandística de este último. Los terroristas siempre calculan las repercusiones mediáticas de sus actos.

Lamentablemente, como subraya Bourke (2006), los medios de comunicación se han convertido en los grandes amplificadores del miedo. Frente a esta función, me encuentro entre quienes, dentro del mundo periodístico, exigimos que se cumpla de manera escrupulosa –desde un punto de vista ético y deontológico– con las reglas que deberían presidir toda información adecuada, en particular, en temas tan controvertidos como el que nos ocupa.

Desde este punto de vista, la información sobre el terrorismo no debería centrarse en la repetición de imágenes de los atentados, ni en la reiteración escrita de sus atentados. Debería, por el contrario, dedicarse a desentrañar cuestiones como cuál es el motivo que lleva a los terroristas a cometer atentados, su carácter de asesinos y sus verdaderas intenciones –entre ellas, que cada vez sea menor la libertad de que se goza en Occidente–, contextualizando finalmente el atentado mediante la opinión (siempre que se pueda y deba) de expertos<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> El *National Advisory Comitee on Criminal Justice and Goals*, Washington D.C. (1976) y Jonathan Alter, redactor jefe del semanario *Newsweek*, propusieron hace muchos años directrices que me siguen pareciendo muy adecuadas. Cito solo algunas:

- Evitar la difusión de información táctica que perjudique la operatividad de las operaciones policiales.
- Notificar de inmediato a la Policía las llamadas procedentes de los grupos terroristas.
- Limitar las emisiones televisivas en directo y primeros planos de las operaciones policiales. No se deben realizar emisiones en directo porque se convierte a los terroristas en directores del programa.





Debería, asimismo, evitarse dar a conocer la identidad de las víctimas antes de que lo hagan las autoridades respectivas, evitando –en todo caso– difundir imágenes de cadáveres o recurrir a testimonios de víctimas, “especialmente en el período inmediatamente posterior a los hechos” (Consell de l’Audiovisual de Catalunya, 2016).

Asimismo, se tendría que ser especialmente cuidadoso en la visión que los medios de comunicación promueven acerca del mundo islámico, estableciendo una serie de principios que deberían cumplirse de modo que se evitara la propagación de errores de percepción graves que pudieran condicionar la convivencia y las relaciones.

1. No demonizar al mundo islámico por la acción de una minoría terrorista que golpea sobre todo a los propios musulmanes. El islam es una forma de vida, vertebrada por el Corán –y los dichos y hechos de Mahoma y, entre los chiíes, de Alí–. El islamismo es una forma integrista de entender y practicar el islam. Algunos islamistas –una minoría muy reducida– incurrir en prácticas terroristas. La confusión entre los términos *islam*, *islamismo* y *terrorismo yihadista* responde en ocasiones a intereses de terceros<sup>14</sup>.
2. La convivencia es posible e imprescindible entre cristianos y musulmanes. A este respecto me parece especialmente acertado el análisis de Jullien (2017): la integración no parece factible; pero entre las culturas más que brechas insalvables lo que existe es lo que él denomina una

- No difundir detalles de acciones terroristas que puedan servir para crear precedentes que pueden imitar por otros grupos.
- Coordinar a los redactores y jefes de medios junto con las autoridades, evitando que cada uno informe de lo que quiera, pero siempre en el ámbito de la cooperación voluntaria.
- No difundir rumores y evitar la difusión de los mensajes de los grupos terroristas.
- No conviene interrumpir las emisiones regulares con breves informaciones urgentes de última hora, muchas veces, muy poco confirmadas.
- Silenciar informativamente los pseudoacontecimientos que se suelen orquestar ante las cámaras: manifestaciones de protesta promovidas por grupos que apoyan a los terroristas, o, en general, todo tipo de noticias prefabricadas con el único fin de alcanzar su difusión a través de los grandes medios informativos.

<sup>14</sup> A la luz de lo que he acabado de decir convendría analizar cuanto está aconteciendo en estos momentos en Siria.



*écart*, es decir, diferencias no absolutas. Siempre hay *algo en común* que puede servir de punto de inicio para trazar puentes entre las culturas opuestas.

3. El mundo islámico es muy rico en todos los sentidos: muchos inventos proceden del mundo árabe musulmán: cirugía, café, universidad, álgebra, óptica, música, el aljibe o el cigüeñal, por citar unos pocos; 10.000 palabras de nuestro vocabulario tienen origen árabe, 4.000 palabras enteras; su cultura abarca aspectos espectaculares... Creo que los siete siglos de presencia árabe musulmana en España dejaron una huella importante y en la mayoría de los casos positivas. Por consiguiente, ese “algo en común” del que habla Jullien (2017) no es difícil de encontrar en un caso como este.
4. En el mundo islámico, la violencia es un problema grave, pero son una mayoría quienes viven, trabajan, viajan, rezan, llevan una vida normal... Es innegable que el periodismo sigue adherido al lema “good news, no news”, pero los medios de comunicación deberían hacer un esfuerzo en la situación presente por resaltar aspectos como el que he acabado de citar: la normalidad es la nota común en los países musulmanes; la violencia es la excepción. Informar solo sobre la excepción contribuye a tergiversar la realidad del mundo musulmán.
5. Por último, y no menos importante, el mundo islámico no es un bloque homogéneo. Cada país tiene su idiosincrasia, sus costumbres, su forma de vivir y de hacer las cosas. Sostener mediáticamente lo contrario es hacer el juego una vez más a los intereses de los islamistas en general y de los yihadistas en particular. Para ellos, dado que cualquier forma de sumisión al hombre –y no a Dios– es pecaminosa, entonces las ideologías políticas o partidistas, las diferencias lingüísticas, etc. que constituyen asuntos humanos son percibidos como contrarios al verdadero espíritu musulmán. Este debe buscar ante todo la unión. Y el único elemento que cementa a sirios, magrebíes, kurdos, etc., es el islam. El islam es la clave de la única comunidad auténtica de los musulmanes: la umma.



De ahí que sustentar imágenes homogéneas del mundo musulmán no hace otra cosa que reafirmar este intento islamista de borrar fronteras para favorecer la constitución de una sola y gran comunidad: la comunidad de los creyentes, la umma, regida por un califato.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aznar Fernández-Montesinos, F. (2013). El terrorismo global y los lobos solitarios. *IEES*, 1-12.
- Bourke, J. (2006). *Fear: A Cultural History*. Virago.
- Bustos, E. (2012). Metáfora y terrorismo étnico. *Isegoría. Revista de Filosofía, Moral y Política*, 46, 105-124.
- Catalunya, C. d. (2016). *Recomendaciones sobre la cobertura informativa de actos terroristas*. Barcelona: Col·legi de Periodistes de Catalunya.
- Faraj, M. (2000). *Al-Farida al Ghaiba [The Absent Obligation]*. Birmingham: Maktabah Al Ansaar Publications.
- Fernández Martín, M. (2010). *Terrorismo e información: la batalla por la libertad de expresión*. Tesis doctoral presentada en Madrid.
- Hoffman, B. (1999). *A mano armada*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Infobae*. (s.f.). Recuperado de: <https://www.infobae.com/2014/08/29/1591030-el-estado-islamico-exhibio-la-decapitacion-un-soldado-kurdo-mosul/>. [Fecha de consulta: 8 de enero de 2018].
- Infobae*. (s.f.). Recuperado de: <http://www.infobae.com/2014/11/17/1609281-el-estado-islamico-se-radicaliza-y-difunde-video-su-ejecucion-mas-salvaje>. [Fecha de consulta: 7 de enero de 2018].
- Infobae*. (s.f.). Recuperado de: <http://www.infobae.com/2015/02/04/1624761-video-el-martirio-del-piloto-jordano-antes-ser-quemado-isis#>. [Fecha de consulta: 8 de enero de 2018].
- Jullien, F. (2017). *La identidad cultural no existe*. Barcelona: Taurus.
- Moltalvo Abiol, J. C. (2012). Terrorismo, información y derechos humanos. *Universitas. Revista de Filosofía, Derecho y Política*, 15, 91-124.



- Rapoport, D. (1994). Terrorismo sagrado: el Islam, un ejemplo contemporáneo. En: W. Reich, *Orígenes del Terrorismo. Psicología, ideología, teología, estados mentales* (pp. 119-144). Barcelona: Pomares-Corregidor.
- Reinares, F. (2004). *El nuevo terrorismo islamista*. Madrid: Temas de hoy.
- Reinares, F. (2014). *The Evolution of the Global Terrorism Threat*. Nueva York: Columbia University Press.
- Sanmartín Esplugues, J. (2005). *El terrorista. Cómo es. Cómo se hace*. Barcelona: Ariel.
- Sanmartín Esplugues, J. (2012). Éticas teleológicas y terrorismo islamista. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 46, 17-47.
- Soria, C. (ed.) (1987). *Prensa, paz, violencia y terrorismo: la crisis de credibilidad de los informadores*. Madrid: Eunsa.

